



# A FUEGO LENTO

Nicky Walls

***A FUEGO  
LENTO***

1.ª edición: febrero de 2026

***Advertencia de contenido:***

*Este libro incluye contenido sensible relacionado  
con la ideación suicida, el abuso sexual, la violencia,  
el consumo de drogas y diversos trastornos psicológicos y de la personalidad.  
Estos temas se presentan con el objetivo de reflejar realidades humanas complejas,  
sin intención de romantizar ni promover conductas dañinas.  
La autora pide comprensión hacia los personajes  
y precaución a la hora de acercarse al contenido.  
Siempre se ha intentado tratar todo con el máximo respeto y realidad.*

© Del texto: Nicky Walls, 2026

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Imágenes de cubierta: iStock/Getty Images  
(Strelciuc Dumitru; Seyfettinoze)

ISBN: 978-84-19831-61-3

Depósito legal: M-25158-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*

# *A FUEGO LENTO*

Nicky Walls

FANDOM BOOKS



*Para todas aquellas personas  
que saben encontrar hogares  
en lugares que no tienen paredes.  
Ojalá este libro se convierta en uno.*

Rockstars never die.



# *CAPÍTULO 1*

## *A FUEGO LENTO*

Chloe

**-**Esto es de puta coña —musito entre dientes.  
Charlie, en cambio, no dice nada. Se limita a guardar la guitarra en su funda y a levantarse del suelo con su característica rapidez.

Yo lo observo sentada en el parqué con una mueca de asombro y, claramente, con ojos de mala hostia.

No nos puede estar haciendo esto.

—Esto es de puta coña —repito, pero esta vez más alto.

Siento que la sangre me comienza a hervir en las venas y, como acto reflejo al calor que empieza a subirme por el cuello, me levanto del suelo el triple de rápido.

Charlie comienza a caminar hacia la puerta del apartamento tranquilamente, pero lo freno agarrándolo del brazo antes de que se le ocurra marcharse.

—Teníamos un trato, capullo —le recuerdo y reprocho, enfadada.



Me mira algo asombrado por el tono de voz que he utilizado, pero enseguida su expresión cambia a una de molestia.

—¿Y sabes por dónde me paso el maldito trato? Por el puto culo, Chloe.

Lo empujo con las manos con todas mis fuerzas y, en consecuencia, por el rabillo del ojo, veo que Laia, su prima y mi mejor amiga, se nos acerca para, de alguna forma, recordarnos que no estamos solos y darnos a entender que se meterá entre nosotros si es que se nos ocurre liarnos a puños... Idea, por cierto, que ahora mismo me parece muy atractiva.

—No puedes dejar la banda hasta que no acabemos la gira —le recuerdo.

—¿Gira? ¿Gira de qué? Ir de bar en bar no es ir de gira, Chloe. —Mira a continuación a su prima por encima de mi hombro, y luego suelta una risilla sarcástica antes de cambiar su tono de voz a uno más agudo y de ponerse a hacer aspavientos con las manos en el aire—. «¡Oh, Charlie, nos vamos a volver *hiperfamosos*! ¡Oh, Charlie, tenemos unos temazos que van a sonar en todos lados! ¡Oh, Charlie, tenemos un montón de fans!». Siento ser yo quien os lo diga, pero solo sois unas crías ingenuas. Tengo trabajos mejores en los que perder mi tiempo. Buscaos a otro que os acompañe en vuestra fantasía musical infantil; yo dimito.

No me da tiempo ni a abrir la boca de nuevo, porque tras decir eso, sale disparado del apartamento de Laia, cerrándose la puerta en la cara de un portazo.

Miro al instante a mi amiga y en sus ojos puedo ver que ambas estamos pensando lo mismo: «estamos jodidas».

Charlie de verdad ha dimitido, y nosotras necesitamos urgentemente un guitarrista en menos de cuarenta y ocho horas. Un guitarrista que esté dispuesto a aprenderse siete canciones para dentro de dos días. Dos días, joder.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —me pregunta Laia.

La miro con una ceja alzada.

No, ni de coña.

Antes muerta.

—No. No sé qué es lo que tú estás pensando. —Me hago la loca y comienzo a caminar de nuevo hacia el salón del apartamento. Me siento en el suelo y cruzo las piernas.

Mientras cojo un papel con la letra de una de nuestras canciones, por encima de las pestañas veo a Laia acercarse. Se sienta frente a mí en la misma postura y, de un tirón, me quita la hoja que tengo entre las manos.

—El orgullo se recupera —empieza diciendo—; pero si no te lo tragas, puede que la gira no la recuperemos. Ya lo tenemos todo cerrado con todos los bares.

Menuda mierda.

—Me dijiste que tu primo no nos abandonaría —la acuso.

Con Charlie ya es el tercer guitarrista que dimite. Y aunque estoy segura de que dentro de unos meses, un año o varios años se arrepentirán de haberse ido porque lo vamos a petar..., es difícil que, en momentos de vulnerabilidad, no piense que... joder, que quizás sí que estamos soñando demasiado alto...

—Y eso fue lo que me dijo. Pero es un hombre, Chloe, no te puedes fiar. No paran de mentir.

La miro de mala forma porque, aunque pienso que tiene razón, ahora esa no es una excusa que me haga sentir mejor.

Charlie se ha ido porque ha sido consciente de la realidad. Ha visto que somos unas crías que se creen que con sus canciones de *rock* van a conquistar los corazones de los valencianos y turistas que van a los bares en los que actuamos a tomarse unas copas tranquilamente y a los que, en realidad, se la sudamos muchísimo.

¿Pero no es así como han empezado los grandes artistas?

¿Por qué nosotras no podemos conseguir lo mismo?

A fuego lento es como salen bien las cosas, ¿no?

—Podríamos anunciar por redes que buscamos un guitarrista en veinticuatro horas —propongo.

—¿Y cuál será el incentivo que los hará aceptar una propuesta tan poco precipitada? —pregunta, con ironía, mientras abre uno de los cajones del mueble que tenemos al lado para comerse un caramelo de fresa.

—¿Doscientos euros? ¿Podría motivar, no?

Frunce el ceño.

—¡Claro! —exclama con falso entusiasmo, mientras juega con un mechón de su melena pelirroja—. ¿Eso quiere decir que esta noche nos toca atracar un banco? Porque, *amore*, estamos más secas que la suela del zapato de un bailarín de claqué.

Nos hemos gastado casi todo el dinero que hemos estado recaudando en el bar AMOUR cada noche, tanto actuando, como trabajando de camareras (y que ha sido una auténtica basura), en la preparación de la gira que en dos malditos días tenemos por delante.

—No, significa que realmente no nos hacen falta tantos modelitos para los conciertos. Tienen que volver a las tiendas.

Laia casi se ahoga con el caramelo. Lo escupe y, como estoy sentada frente a ella, va directo hacia mí y me da en todo el ojo.

—¡Au, tía!

—Y una polla, guapa. Yo no pienso devolver nada porque a ti no te apetezca ir a Ryan a suplicarle que sea nuestro guitarrista.

¿Suplicarle yo?

Ja.

Parece mentira que sea mi mejor amiga.

—Yo a ese no le suplico ni un clínex en plena primavera, Laia.

—Pues es la única opción.

—La única, no; la más fácil, sí.

Laia se tira de espaldas al suelo mientras suelta un gruñido muuuuy largo.

—Tía, admítemelo de una vez, ¿vale? —dice mirando al techo, pero pronto se incorpora para apoyar los codos en el suelo y así poder clavar sus ojos en los míos—. Te gusta. Crees que no te gusta, pero te gusta.

No es la primera vez que tenemos esta conversación.

—Te repites más que el ajo, hija.

—Lláname en unos meses y te prometo que cuando me digas que habéis probado la preciosa, exótica y luminosa cabina de tatuar en la que trabaja, me haré la sorprendida.

—Lo que acabas de decir ha tenido el mismo efecto en mí que si me dices que sería buena idea que me tirara a mi hermano. Es repugnante y traumático, Laia.

Ella suelta una carcajada irónica mientras mira la ventana.

Esa risa no me gusta nada.

—¿Qué? —pregunto, a la defensiva.

Me mira con una ceja alzada.

—Que eres ese tipo de protagonista insoportable de las películas. Tía, existen tannntas historias como la tuya, que esto ya es hasta predecible. Eres la típica prota que se niega a admitir que su... su... ¡su coño! —me lo señala con las manos abiertas— no siente cosas cuando lo ve, y que, literalmente, diez escenas más tarde llama a su mejor amiga y le dice: «¡Oh, sorpresa, vas a ser tía!»

Me llevo una mano al pecho, ofendida.

—¿Me acabas de llamar predecible?

—¡¿Ves?! —Me acusa de nuevo con las manos—. Insoportable. Lo que yo decía.

Justo en ese momento, me llega un mensaje al móvil. Lo saco del bolsillo trasero y miro la pantalla.

—¿Qué te dice Ryan? —pregunta Laia.

Sabe que es él porque todos los días me escribe sobre esta hora; no es que lo hayamos invocado.

Sé lo que pone antes de leer el mensaje.

Ryan

¿A qué hora te vas de casa de Laia hoy? Avísame y voy a recogerte. No quiero que vuelvas sola. Es tarde.

—Que no vuelva sola. Lo de siempre.

Desde que mi hermano Adrián se fue a Madrid a estudiar, al plasta de su amigo Ryan se le ha subido muchísimo a la cabeza eso de querer cuidarme como si fuese igual de frágil que una maldita muñeca de cristal. Sé que se comporta así porque le prometió a Adrián que estaría pendiente de mí, ya que yo..., yo...

—Y, como siempre, te lo vas a pasar por ahí abajo —intuye Laia.

Esa sí es mi amiga.

—Sé llegar sola a casa —contesto.

«Casa».

—Nadie pone eso en duda, idiota, pero es tarde y...

—Laia, no quiero sermones —aclaró—. Mañana por la mañana quedamos y decidimos qué hacemos con la gira. Ahora no estamos para tomar decisiones de nada.

Camino hacia la puerta de su apartamento mientras ella se pone de pie y corre para alcanzarme.

—Lo quieras admitir o no, la solución para esta gira es Ryan. Cuando la terminemos, ya decidiremos qué hacer o a quién meter en la banda, pero él nos puede salvar de esta.

Me muerdo las mejillas por dentro, pero termino por asentir.

—Lo consultaré con... la almohada.

—Pensaba que ibas a decir «el *satisfyer*».

La miro alucinada. Esta tía tiene un problema y se llama hipersexualidad. Siempre está pensando en lo mismo.

—Deberías ir al médico —le recomiendo.

Y, dicho eso, me voy de su apartamento. Bajo las escaleras dándole vueltas al tema del guitarrista, y solo soy capaz de dejarlo de lado cuando, tras unos cortos minutos de trayecto, empiezo a tener la sensación de que alguien me está siguiendo. Sin dejar de andar, echo un vistazo sobre mi hombro, pero no encuentro nada. La calle está vacía por completo. Y también oscura. Está muy oscura y vacía.

No me considero una persona miedica, y menos aún por las calles que me conozco de principio a fin, pero esta vez siento algo extraño y diferente en el ambiente.

Que el mejor amigo de mi hermano se ofrezca a recogerme no es un simple gesto de caballerosidad, es que la zona por la que me encuentro no destaca por su seguridad y luminosidad cuando llega la noche.

A pesar de las extrañas sensaciones, continúo andando sin darle más importancia.

Aunque no pasan ni cinco segundos, cuando vuelvo a notar la sensación de estar siendo vigilada y seguida. Miro a mi alrededor y esta vez sí que distingo a una persona. Me detengo en el sitio y me giro por completo hacia ella mientras me cruzo de brazos.

No me hace nada de gracia que Ryan esté aquí.

¿Para qué me manda un mensaje si al final hace lo que le da la gana?

—No te he pedido que vengas —reprocho—. Piérdete, Ryan.

Él no hace caso, sino que se queda a mi lado mirándome con atención.

No quiero tenerlo cerca y mucho menos ahora mismo. Es muy pesado. Como le dé la oportunidad de tener una conversación, me acabará sacando que Charlie nos ha dejado y le faltará tiempo para ir corriendo a contárselo a mi hermano, como hace siempre con todo lo que me pasa. Y Adrián no puede enterarse. Me insistiría en que deje la banda de una vez y me ponga a estudiar.

—¿Por qué tienes esa cara, Chloe? ¿Qué ha pasado?

—Nada, Ryan. Y ahora me apetecería muchísimo que me dejaras volver a casa tranquila.

Lo miro muy seria para que vea y entienda que de verdad hoy no tengo ganas de pelearme con él. Demasiado he tenido ya con lo de Charlie.

—Chloe —me llama con calma tras unos segundos de silencio.

Sus ojos verdes miran a los míos con mucha tranquilidad, pero de forma intensa.

—¿Qué?

—Cuando salgas tan tarde de donde sea, quiero que te guardes el orgullo y me dejes ir a recogerte.

¿Qué le pasa a todo el mundo hoy con mi orgullo?

—Solo son las once y media.

Le da bastante igual.

—Es de noche, es una mala zona y vas tú sola. Me da igual la hora que sea si se cumplen al menos dos de esos tres factores.

—Sé cuidar de mí misma, ¿vale? —le recuerdo.

Ryan hace un sonido de desacuerdo con la boca.

—Discutible, morena. —Se le dibuja una mini sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres, Ryan? —pregunto directa, porque sé que quiere algo de mí.

Él tampoco se anda con muchos rodeos, y por fin me pregunta aquello que, desde que me ha visto, quiere saber. Deja de lado cualquier rastro de broma, vacile o diversión cuando habla.

—¿Qué ha pasado con Charlie?

Frunzo el ceño, confundida y asombrada.

—¿Qué? —¿Cómo narices se ha enterado? —. Nada, no ha pasado nada...

Ryan entrecierra los ojos.

—Lo he visto salir del apartamento de Laia con cara de asco cuando te esperaba, Chloe.

—Con «lo he visto» quieres decir que has hablado con él tres horas, ¿verdad?

Ignora mi pregunta.

—¿Deja la banda? Ya decía yo que no podías fiarte de esas pintas; es mejor que se haya marchado.

—No es de tu incumbencia si la ha dejado.

Le da igual. Sigue insistiendo.

—¿Estáis sin guitarrista?

—Ryan, que no te voy a decir nada.

Trato de irme de una vez rodeándolo por la izquierda, pero me corta el paso con su brazo.

—¿Por qué en todo este tiempo no me lo has pedido a mí, Chloe?

—No sé, quizás porque tú y Adrián os mofasteis de mí durante tres semanas cuando os conté que iba a organizar un *casting* para crear una banda?

—Eso fue hace mucho. Eras una cría, y a tu hermano y a mí nos hizo gracia que te lo tomaras tan en serio.

No me sirve de excusa.

—Puede que yo fuera una cría, pero vosotros fuisteis unos inmaduros —los acuso.

—¿Qué vais a hacer con el puesto que os falta? —insiste.

—Charlie va a volver.

No, claro que no. Ryan sonrío y se ríe. También niega con la cabeza.



—No, no va a hacerlo. Me lo ha dicho cuando salía, morena.

—Las palabras se las lleva el viento. Hicimos un trato y tiene que cumplirlo.

—¿Y si no lo hace?

—Yo sé tocar la guitarra —miento descaradamente, porque se me da horriblemente mal.

Me da igual parecer una orgullosa, una repelente o una inmadura. Seguro que Ryan solo quiere unirse a la banda para fardar de eso, no porque realmente le interese formar parte.

A Fuego Lento lo podemos sacar adelante Laia y yo a la perfección. No necesitamos que sea nuestro guitarrista para, en un futuro, llenar un estadio. O quizás sí...

Joder, pues claro que sí.

# *CAPÍTULO 2*

## *FUEGUITO*

Chloe

Podemos hacerlo.

Podemos hacerlo.

Podemos hacerlo.

La primera y la última actuación de la gira tendrán lugar en el AMOUR, el bar en el que hemos actuado miles de veces, y al que acuden todos los viernes por la noche el mismo número de personas que ya conocen a A Fuego Lento.

A pesar de que debería sentirme tranquila porque tengo memorizado cada rincón de este bar y sé cuáles son los puntos a los que tengo que mirar con exactitud para sentirme segura, hoy estoy exageradamente nerviosa. Y todo es culpa de Charlie, porque no puto aparece.

—¿Vas a tocar tú? —me pregunta Laia al cabo de unos segundos en silencio. Se lleva el pulgar a la boca para morderse la uña. Aunque hayamos hablado de que este sería el plan B, creo que nunca imaginamos que tendría que hacerlo.

—Sí. Y lo vamos a bordar.

—¿El fracaso? —pregunta elevando su ceja pelirroja.

—¿Tan poco confías en mí? —digo con un falso dolor en el orgullo.

Laia mueve la cabeza de un lado al otro con duda.

—¿Confiarías en mí si te dijera que voy a cantar yo?

—No.

—Pues eso, *amore*. —Echa un rápido vistazo a la pantalla de su móvil—. Nos queda un minuto.

Miro el final del callejón por si el imbécil del primo de mi amiga se digna a aparecer, pero cuando veo que no, que no lo va a hacer, abro la puerta trasera del AMOUR de un tirón y entro. Mis ojos conectan con los de alguien en concreto en el instante en el que pongo un pie en el escenario.

Ryan está sentado en primera fila. Tiene los brazos cruzados y su tobillo derecho está descansando en su rodilla izquierda. Lleva su cazadora de cuero de siempre, y su cadena plateada resalta en su cuello. Está tranquilo; dispuesto a disfrutar del espectáculo que vamos a dar, mientras piensa que mis dotes como guitarrista son completamente nulas y que él es mejor. No hace ni un solo gesto cuando nos miramos, pero, por alguna razón, yo no puedo parar de mirarlo mientras me cuelgo la guitarra del cuello.

Tras unos segundos así, dejo de observarlo y miro a Laia por encima de mi hombro. Está sentada en el taburete de la batería y tiene las baquetas entre los dedos. Las mueve y las gira con agilidad y rapidez, lo que me indica que está de los nervios. Sus ojos me dicen: «Aún estamos a tiempo».

¿A tiempo de qué? ¿De que Ryan nos salve el espectáculo?

No, gracias. No voy a hacerlo sin antes ver si soy capaz de salvarlo yo.

Comienzo a hablar por el micrófono para decir lo de siempre: muchas gracias por prestarnos atención y... bla, bla, bla.

La primera canción que cantamos se titula *4 rosas* y forma parte del disco *Piloto*. Nuestro primer disco de verdad. El que grabamos en el sótano de los abuelos de Laia. El mismo que tenemos a la venta, del que solo nos quedan diez ejemplares, y el que nos costó un pastizal producir, por cierto.

Todo el mundo está escuchando nuestro disco hoy por primera vez. Nadie, ni siquiera Ryan o Adrián, lo ha escuchado antes. Pero la verdad es que me resulta bastante complicado fijarme en la cara de la gente al oír las canciones, porque no puedo evitar supervisar constantemente los acordes que toco en la guitarra.

Aquello provoca que el micrófono, de vez en cuando, no capte bien mi voz.

Eso me pone terriblemente nerviosa y, en consecuencia, mi voz tiembla.

Y es que, a partir de ese momento, la cosa comienza a decaer de forma abismal.

Cierro los ojos cuando veo la mueca que Ryan tiene en la cara. Parece que está sufriendo por mí o por el espectáculo.

De pronto los focos me agobian y la mirada de la gente hace que me tiemblen las piernas, porque, a medida que la actuación y las canciones van avanzando, la gente nos presta más y más atención, y creo que no precisamente porque lo estemos bordando. Yo, ahora mismo, desprendo inseguridad y puede que sea la primera vez que me ocurre esto en un escenario. Ni siquiera en la primera actuación de mi vida estuve tan sumamente insegura...

Y entonces pasa.

Me bloqueo por completo.

Me sudan las manos, me tiembla la voz y se me seca la boca. Se me olvida la letra. Dejo de cantar. El corazón se me sube a la garganta, la respiración se me acelera, y no se me ocurre otra

cosa que hacer que salir huyendo, cuando en el bar aparece un silencio que me mutila los tímpanos.

Bajo las escaleras del escenario torpemente y salgo por la primera puerta que encuentro.

En cuanto me da una ráfaga de aire en la cara, soy realmente consciente de lo que acabo de hacer.

Dios mío.

La cara me arde de la vergüenza.

¿En serio acabo de salir corriendo del maldito escenario?

Me quiero tirar de los pelos.

La puerta por la que he salido hace unos segundos se abre al poco tiempo, y yo espero encontrarme con la melena pelirroja de mi mejor amiga, pero no.

—Dame la guitarra —me pide Ryan.

Doy un paso hacia atrás cuando intenta cogerla. Lo miro preocupada y, aunque no debería preguntarle qué es lo que ha ocurrido en el bar después de salir huyendo, porque esto solo alimentaría mi vergüenza, necesito que, antes de que haga cualquier cosa, me conteste a una pregunta.

—¿Han dicho algo? ¿Se están riendo de mí?

En el momento en el que me da un pinchazo en el pecho, entiendo qué es lo que me está pasando. Me está dando un ataque de ansiedad.

Mierda.

No paro de pensar en la gente cuchicheando sobre lo que acaba de pasar, en el ridículo que acabo de hacer...

Nunca me ha importado tanto hacer el ridículo...

«Tenías mucha presión encima, Chloe. Le habías puesto mucha ilusión y no ha salido como tú querías».

Tardo medio minuto en sentir el corazón calmado en el pecho de nuevo.

—Ni se te ocurra...

No me deja decir nada más.

—No voy a decirle nada de esto a tu hermano. Ahora, dame la guitarra, Chloe —me pide, mientras estira el brazo para cogerla.

—¿Para qué?

—Para que puedas terminar tu actuación.

Niego con la cabeza.

—No pienso volver a entrar.

—Sí. Sí que lo vas a hacer.

Lo dice como si no tuviese otra alternativa, y puede que tenga razón. Voy a entrar porque no puedo dejar sola a Laia.

—En el caso de que lo haga y te dé la guitarra, no te sabes las canciones —le recuerdo.

Se encoge de hombros.

—Puedo improvisar o podemos seguir el concierto con *covers*.

—¿Cómo cuáles?

—Yo qué sé, Chloe... Con canciones de artistas que te gusten. Arctic Monkeys, The Weeknd, Chase Atlantic, Bon Jovi... Elige a alguien.

Tengo que aguantarme las ganas de reírme en su cara. Bon Jovi, dice. Qué cachondo.

—Por si no te has dado cuenta, mi voz no está precisamente en su mejor momento para cantar nada de esa gente.

Ryan da un paso hacia mí y me clava su mirada verde con firmeza.

—Chloe, puedes cantar lo que te dé la auténtica gana. Ahora, escoge una canción de una vez.

Odio pensar bajo presión, pero me estrujo el cerebro y trato de encontrar una canción que él, Laia, el público y yo conozcamos.

Doy con una que podría darnos un buen espectáculo a pesar de todo, pero en el instante en el que me proyecto diciendo el

título en voz alta, soy consciente del marrón en el que me puedo meter, porque no es cualquier canción, es La Canción. La que siempre he soñado con cantar en algún escenario y con la que descubrí el *rock*.

—Yo qué sé... —digo, aunque lo tenga más que claro. He estado practicándola bastante porque tengo pensado hacer una *cover* en algún momento—. *Always*.

Ryan me mira asombrado, aunque no lo quiera demostrar. Incluso siento que por un instante se enorgullece de que haya pasado de ser una negacionista a decir que quiero cantar *esa* canción.

La verdad es que no sé qué es lo que se le pasa por la cabeza en realidad. A lo mejor solo está pensando en el fracaso que de nuevo me voy a comer, dada la sonrisa que lucha por ocultar.

¿En qué momento estoy cediéndole la guitarra para que actúe con nosotras y para que nos salve la maldita actuación?

«Fabuloso, Chloe. Tienes una gran capacidad para luchar por cumplir lo que quieres y dices».

Ryan se pone a afinar la guitarra con destreza, y, cuando termina, me mira serio y me señala con la cabeza la puerta trasera del AMOUR.

—Ciérrales la boca, fueguito.

Chloe tiene un sueño: que su música resuene en los corazones de todo el mundo. Por eso fundó A Fuego Lento, la banda de *rock* en la que toca junto con su mejor amiga, Laia, y con un guitarrista... que las deja tiradas justo cuando las cosas empiezan a despegar.

La solución parece obvia: Ryan, el mejor amigo de su hermano, toca la guitarra muy bien. Demasiado bien. El problema es que Chloe no lo aguanta. Jamás le pediría ayuda.

Sin embargo, tiene que replanteárselo tras una actuación catastrófica que remonta tras la intervención de Ryan. A Fuego Lento se hace viral gracias a él, y la fama que Chloe ansía parece estar, por fin, al alcance su mano.

Unidos por la banda y por una química innegable, Chloe y Ryan deberán aprender a colaborar por el bien de su sueño... y de sus corazones.



**FANDOM BOOKS**

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)